

que á ella contribuyó más que todo el ardor del combate en que se hallaba sumergida su alma.

En lo antiguo hubo leyes que reglamentaron la justicia y oportunidad de las muertes voluntarias. En nuestra ciudad de Marsella se guardaba veneno preparado con cicuta, á expensas del erario, para aquellos que querían apresurar el fin de sus días. Para que el suicida pudiera realizar su propósito era indispensable que los seiscientos que formaban el Senado de la ciudad aprobaran las razones que le obligaban á quitarse la vida; sin la licencia del magistrado y sin motivos legítimos no era permitido darse la muerte. Esta ley estaba también en vigor en otras partes.

Dirigiéndose al Asia Sexto Pompeyo pasó por la isla de Cea del Negroponto; por casualidad aconteció durante su permanencia en ella, como sabemos por uno de los que le acompañaron, que una mujer que gozaba de cuantiosos bienes, habiendo dado cuenta á sus conciudadanos de las razones que la impulsaban á acabar sus días, rogó á Pompeyo que presenciara su muerte para honrarla, á lo que aquél accedió de buen grado, no sin intentar antes por medio de su elocuencia, que era grande, disuadirla de su propósito. Todos los discursos de Pompeyo fueron inútiles. Aquella mujer había vivido por espacio de noventa años en situación dichosa, así de salud corporal como espiritual; pero en aquel entonces, tendida sobre un lecho mejor adornado que de costumbre, reclinado el rostro sobre el brazo, decía: Que los dioses, ¡oh Sexto Pompeyo! más bien los que abandono que los que voy á encontrar, te premien por haberte dignado ser consejero de mi vida y testigo de mi muerte. Yo que experimenté siempre los favores de la fortuna, temo hoy que el deseo de que mis días se prolonguen demasiado me haga conocer la desdicha, y con ademán tranquilo me separo de los restos de mi alma, dejando de mi paso por la tierra dos hijas y una legión de nietos. Dicho lo cual, luego de haber exhortado á los suyos á la concordia y unión, haber entre ellos distribuido sus bienes y recomendado los dioses familiares á su hija mayor, tomó con mano firme la copa que contenía el veneno, hizo sus oraciones á Mercurio para que en el otro mundo la reservara una mansión apacible, y bebió bruscamente el mortal brebaje; habló luego á los asistentes del efecto que el veneno la producía, y explicóles cómo las distintas partes de su cuerpo iban enfriándose, las unas después de las otras, hasta que dijo, en fin, que el corrosivo la llegaba ya á las entrañas y al corazón; entonces hizo que sus hijas se acercaran para suministrarla los últimos cuidados y para que cerraran sus ojos.

Plinio habla de cierta nación hiperbórea, en que, merced á la dulzura del clima y salubridad del aire, la vida de los hombres no acaba comunmente sino porque la muerte

se busca de intento. Estando ya cansados y hartos de la existencia, al llegar á una edad avanzada, después de haberse propinado una buena comida, se arrojan al mar desde lo alto de una roca destinada á tal servicio. Sólo el dolor extremo ó la seguridad de una muerte peor que el suicidio me parecen los más excusables motivos para abandonar la vida.

## CAPÍTULO IV

## MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

Entre todos nuestros escritores otorgo la palma, y creo que con razón, á Santiago Amyot, no sólo por el candor y pureza de su dicción, cualidades en que sobrepasa á todos los demás, ni por la constancia que puso en un trabajo tan dilatado, ni por la profundidad de su saber, merced al cual le fué posible interpretar felizmente un autor tan espinoso y de difícil trabajo; pues dígaseme lo que quiera, aunque yo no sé griego, veo en las traducciones de Amyot un sentido tan unido y constante, que, una de dos, ó penetró de veras las ideas del autor, ó merced á un comercio prolongado logró introducir en su alma una idea general de Plutarco; y nada le achacó que le desmienta ni le contradiga. Mas por cima de todo estimo yo en nuestro autor el haber sabido escoger un libro tan excelente y tan útil para con él hacer á su país valioso presente. Nosotros, pobres ignorantes, estábamos perdidos si este libro no nos hubiera sacado del cenagal en que yacíamos; gracias á él osamos hoy hablar y escribir; las damas son capaces de adentrarse á los maestros, es nuestro breviario. Si el buen Amyot tiene vida para ello le recomendaría yo ahora la traducción de *Jenofonte*, tarea más fácil y por consiguiente más propia para su vejez. Aunque vence siempre con maestría suma las dificultades que le salen al paso, no sé por qué se me figura que su estilo es más personal cuando la dificultad de la frase griega no le embaraza y se desliza sin obstáculos, á su cabal albedrío.

Leía yo hace un momento el pasaje en que Plutarco refiere que el poeta Rústico, representando en Roma una de sus propias obras, recibió una misiva del emperador y aguardó para abrirla á que acabara el espectáculo, conducta que fué muy alabada, añade nuestro autor, por todos los asistentes. Como en el lugar á que aludo se trata de la curiosidad y figoneo, y de la pasión ávida y hambrienta de novedades que nos mueve con tanta indiscreción como impaciencia á dejarlo todo de lado por conversar con un recién venido, lo mismo que á prescindir de todo miramiento para abrir las cartas que nos incumben, á cuyo deseo nos

es difícil sustraernos, Plutarco obra cuerdamente al alabar la cordura de Rústico. Y aun podía haber añadido el elogio de su civilidad y cortesía, puesto que no quiso interrumpir el curso de la representación. Menos creo yo que merezca alabársele como hombre avisado, porque al recibir de pronto una carta, y con mayor razón una carta de un emperador, podía muy bien acontecer que el aplazar su lectura le hubiera ocasionado algún perjuicio. El vicio contrario á la curiosidad es la indiferencia, hacia la cual me inclino yo por naturaleza, y he conocido algunos hombres que la llevaron á extremo tal, que guardaban en su bolsillo, sin abrir, las cartas que habían recibido tres ó cuatro días antes.

Jamás abrí yo ni las que se me confiaron ni las que el azar hizo pasar por mis manos, y considero como caso de conciencia el que mis ojos lean sin querer algún papel de importancia cuando algún personaje principal se encuentra cerca de mí. Nunca hubo hombre que se inquiriera menos que yo ni huroneara menos que yo en los asuntos ajenos.

En una ocasión, hace ya bastante tiempo, el señor de Boutieres estuvo á punto de perder la plaza de Turin por no leer en el instante de recibirla, estando comiendo en compañía de unos amigos, una carta en que se le daban noticias de las traiciones que se tramaban contra aquella ciudad, cuyo mando le estaba encomendado. Plutarco nos refiere que Julio César hubiera salvado su vida si al ir camino del Senado el día mismo en que fué muerto por los conjurados hubiera leído un papel que le presentaron. Lo propio aconteció á Arquias, tirano de Tebas, el cual, antes de la ejecución del proyecto que Pelópidas había formado de asesinarle para libertar á su país, recibió un escrito de otro ateniense llamado también Arquias en el cual se le participaba, con exactitud cabal, la trama que se urdía contra él. Recibió la misiva hallándose cenando y aplazó el informarse de su contenido, profiriendo la frase que luego llegó á ser proverbial en Grecia: «Lo dejaremos para mañana.»

Puede á mi entender un hombre prudente, bien por atenciones ajenas, bien por no separarse de una manera brusca de las personas con quienes se encuentra, como hizo Rústico, ó por no dejar de la mano otro asunto de importancia, diferir el informarse de las nuevas que se le comunican; pero por la propia comodidad ó particular placer, mucho más cuando se trata de hombres que ejercen funciones públicas, aplazar el conocimiento de las nuevas que se reciben por no interrumpir la comida ó el sueño, me parece falta que no tiene excusa posible. El lugar que en la antigua Roma ocupaban los senadores en la mesa, era el ás accesible á las personas que de fuera pudieran comu-

nicarles noticias, lo cual da claro testimonio de que por hallarse en comidas ó banquetes aquellos magistrados no abandonaban el gobierno de los negocios, ni tampoco el informarse de las cosas imprevistas. Puede dejarse sentado, en conclusión, que en las acciones humanas es difícil el dar preceptos atinados cuyo fundamento sea la razón: el azar juega un papel importante en todas ellas.

## CAPÍTULO V

## DE LA CONCIENCIA

Viajando un día con mi hermano, el señor de La Brouse, durante nuestros trastornos civiles, encontramos un gentilhomme de maneras distinguidas, que pertenecía al partido opuesto al nuestro. En nada conocí yo esta circunstancia, pues el personaje en cuestión disimulaba á maravilla sus opiniones. Lo peor de estas guerras es que las cartas están tan barajadas, que el enemigo no se distingue del amigo por ninguna señal exterior, como tampoco por el lenguaje, ni por el porte, educado como está bajo idénticas leyes, costumbres y clima; todo lo cual hace difícil el evitar la confusión y el desorden consiguientes. Estas consideraciones me hacían temer á mí mismo el encuentro con nuestras tropas en sitio donde yo no fuera conocido, si no declaraba mi nombre, ó algo peor quizás, como lo que me aconteció una vez, pues á causa de tal equivocación perdí hombres y caballos, y me mataron miserablemente entre otros, un paje, caballero italiano que iba siempre conmigo y á quién yo prodigaba atenciones grandes, con cuya vida se extinguió una infancia hermosa y una juventud llena de esperanzas. Aquel caballero era tan miedoso y experimentaba un horror tan extremo, le veía yo tan muerto cuando encontrábamos gente armada ó atravesábamos alguna ciudad que estaba por el rey, que al fin caí en que todo ello eran alarmas que su conciencia le procuraba. Parecíale á aquel pobre hombre que al través de su semblante y de las cruces de su casaca irían á leerse hasta las más secretas inclinaciones de su pecho, ¡tan maravilloso es el poderio de la conciencia! la cual nos traiciona, nos acusa y nos combate, y á falta de extraño testigo nos denuncia contra nosotros mismos.

*Occultum quatiens animo tortore flagellum* <sup>1</sup>.

El cuento siguiente se oye con frecuencia en boca de los muchachos: Reprendido Bessus, peoniano, por haber en-

1. Ella misma nos sirve de verdugo y nos azota sin cesar con su látigo invisible. JUVENAL, XIII, 195.

contrado **placer** en echar por tierra un nido de gorriones á quienes dió **muerte**, contestó que no los había matado sin razón, porque aquellos pajaracos, añadía, no dejaban de acusarle **constante** y falsamente de la muerte de su padre. Este **parricida** había mantenido oculto su delito hasta entonces, mas **las vengadoras furias** de la conciencia hicieron que se **delatara** el mismo que había de sufrir el castigo de su crimen. **Hesiodo** corrige la sentencia en que afirma **Platón** que la pena sigue bien de cerca al pecado, pues aquél escribe que la pena nace en el instante mismo que la culpa se comete. **Quien aguarda el castigo lo sufre de antemano**, y quien lo merece lo espera. La maldad elabora tormentos contra sí misma:

*Malum consilium, consultori pessimum <sup>1</sup>,*

á semejanza de la avispa, que pica y mortifica, pero se hace más daño á sí misma, pues pierde para siempre su aguijón y su fuerza:

*Vitasque in vulnere ponunt <sup>2</sup>.*

Las cantáridas tienen en su cuerpo una sustancia que sirve á su veneno de contraveneno; de la propia suerte acontece que al mismo tiempo que en el vicio se encuentra placer, el mismo vicio produce el hastío en la conciencia, la cual nos atormenta con imaginaciones penosas, lo mismo dormidos que despiertos:

*Quippe ubi se multi, per somnia sæpe loquentes,  
Aut morbo delirantes, protraxe ferantur,  
Et celata diu in medium peccata dedisse <sup>3</sup>.*

**Apolodoro** soñaba que los escitas le desollaban, que le ponían luego á hervir dentro de una gran marmita y que mientras tanto su corazón murmuraba: «Yo, solo yo soy la causa de todos tus males.» Ninguna cueva sirve á ocultar á los delinquentes, decía **Epicuro**, porque ni siquiera ellos mismos pueden tener seguridad de que están ocultos; la conciencia los descubre constantemente.

*Prima est hæc ultio, quod se  
Judice nemo nocens absolvitur <sup>4</sup>.*

Y del mismo modo que nos llena de temor nos comunica también seguridad y confianza. De mí puedo afirmar que caminé en muchos azares con pie bien firme por la que

1. El mal recae sobre quien lo meditó. **AULO GELIO**, IV, 5.  
2. Y deja su vida en la herida que ella misma hizo. **VIRGILIO**, *Georg.*, IV, 238.  
3. A veces los culpables se acusaron en sueños ó en el delirio de la fiebre, y revelaron los crímenes que guardaban ocultos. **LUCRECIO**, V, 1157.  
4. El primer castigo del culpable consiste en que ni él mismo se absolvería juzgándose ante su propio tribunal. **JUVENAL**, *Sát.*, XIII, 2.

tenía en mi propia voluntad y por la rectitud de mis designios:

*Conscia mens ut cuique sua est, ita concipit in tra  
Pectora pro facto spemque, metumque suo <sup>1</sup>.*

Mil ejemplos hay de ello; bastará con traer á cuento tres relativos al mismo personaje. Un día fué acusado **Escipión** ante el pueblo de una falta grave, y en vez de excusarse ó de adular á sus jueces, dijo á éstos: «No os sienta mal el pretender disponer de la cabeza de quien os concedió el poder de juzgar á todo el mundo.» En otra ocasión, por toda respuesta á las imputaciones que le dirigía un tribuno del pueblo, en lugar de defenderse, exclamó: «Vamos allá, conciudadanos, vamos á dar gracias á los dioses por la victoria que alcancé contra los cartagineses tal día como hoy»; y colocándose al frente de la muchedumbre, camino del templo, la asamblea toda y su acusador mismo le siguieron. Y cuando **Petilo**, instigado por **Catón**, le pidió cuenta de los caudales gastados en la provincia de **Antio**, compareció **Escipión** ante el Senado para darlas cumplidas; presentó el libro en que constaban, que tenía guardado bajo su túnica, y dijo que aquel cuaderno contenía con exactitud matemática la relación de los ingresos y la de los gastos; mas como se lo reclamaran para anotarlo en el cartulario, se opuso á semejante petición, diciendo que no quería inferirse á sí mismo tal deshonra; y en presencia del Senado desgarró con sus manos el libro y lo hizo añicos. Yo no puedo creer que un alma torturada por los remordimientos pueda ser capaz de simular un aplomo semejante. **Escipión** tenía un corazón demasiado grande, acostumbrado á las grandes hazañas, como dice **Tito Livio**. para defender su inocencia en caso de haber sido culpable del delito que se le imputaba.

Las torturas son una invención perniciosa y absurda, y sus efectos, á mi entender, sirven más para probar la paciencia de los acusados que para descubrir la verdad. Aquel que las puede soportar la oculta, y el que es incapaz de resistirlas tampoco la declara; porque, ¿qué razón hay para que el dolor me haga confesar la verdad ó decir la mentira? Y por el contrario, si el que no cometió los delitos de que se le acusa posee resistencia bastante para hacerse fuerte al tormento, ¿por qué no ha de poseerla igualmente el que lo cometió, y más sabiendo que en ello le va la vida? Yo creo que el fundamento de esta invención tiene su origen en la fuerza de la conciencia, pues al delincuente parece que la tortura le ayuda á exteriorizar su crimen y que el quebranto material debilita su alma, al par que la misma conciencia fortifica al inocente contra las

1. Según el testimonio que el hombre se da á sí mismo, así á su alma acompañan la esperanza ó el temor. **OVIDIO**, *Fast.*, I, 485.

pruebas á que se le somete. Son en conclusion, y á decir verdad, un procedimiento lleno de incertidumbre y de consecuencias detestables; en efecto, ¿qué cosa no se dirá ó no se hará con tal de librarse de tan horribles suplicios?

*Etiam innocentes cogit mentiri dolor* <sup>1</sup>:

de donde resulta que el reo á quien el juez ha sometido al tormento por no hacerle morir inocente, muere sin culpa, y además martirizado. Infinidad de hombres hubo que hicieron falsas confesiones; Filoto, entre otros, al considerar las particularidades del proceso que Alejandro entabló contra él y al experimentar lo horrible de las pruebas á que se le sometió. Con todo, dicen algunos que es lo menos malo que la humana debilidad haya podido idear; bien inhumanamente y bien inútilmente á mi manera de ver.

Algunas naciones, menos bárbaras en esto que la griega y la romana, que aplicaron á todas las otras aquel dictado, consideraron como cruel y espantoso el descuartizar á un hombre cuyo delito no está todavía probado. ¿Es acaso el supuesto delincuente responsable de vuestra ignorancia? En verdad, sois injustos en grado sumo, pues por no matarle sin motivo justificado hacéis con él experiencias peores que la muerte. Y que es así en realidad pruébanlo las veces que el delincuente supuesto prefiere acabar injustamente á pasar por la información más penosa que el suplicio, la cual es con frecuencia más terrible por su crudeza que la misma tortura. No recuerdo el origen de este cuento, que refleja con exactitud cabal el grado de conciencia de nuestra justicia. Ante un general, gran administrador de la misma, acusó una aldeana á un soldado por haber arrebatado á sus pequeñuelos unas pocas gachas, único alimento que quedaba á la mujer, pues la tropa lo había aniquilado todo. El general, después de advertir á la mujer que mirase bien lo que decía y de añadir que la acusación recaería sobre ella en caso de no ser exacta, como aquella insistiera de nuevo, hizo abrir el vientre del soldado para asegurarse de la verdad del hecho, y, efectivamente, aconteció que la aldeana tenía razón. Condenación instructiva.

## CAPÍTULO VI

### DE LA EJERCITACIÓN <sup>2</sup>

Es difícil que la razón y la instrucción puedan por sí solas hacernos aptos para llevar á la práctica nuestros pro-

1. El dolor obliga á mentir hasta á los mismos inocentes. *Sentencias* d. PUBLIO SIRO.

2. En este capítulo habla Montaigne de la manera más viable de prepararse á áccoger la muerte, que fué la preocupación suprema de su vida, al par que una de las ideas capitales de los *Ensayos*.

yectos, aunque á aquéllas apliquemos todas nuestras fuerzas mentales, si por medio de la experiencia no ejercitamos y templamos nuestra alma al género de vida que queremos llevarla; si nuestra conducta no se ajusta á tal principio, al encontrarnos frente á los hechos tropezaremos con toda suerte de obstáculos é impedimentos. Por eso los filósofos que quisieron alcanzar en su vida alguna supremacía sobre los demás mortales, no se contentaron con esperar á cubierto y en reposo los rigores de la fortuna, temiendo que esta diosa inconstante les sorprendiera en el combate inexperimentados y nuevos; tomaron el partido de salir al encuentro, y voluntariamente se sometieron á la prueba de las contrariedades más duras: los unos abandonaron las riquezas para acostumbrarse al tormento de la miseria; los otros buscaron en el trabajo y las fatigas la austeridad de una vida penosa para endurecerse á la labor y á las contrariedades; otros se privaron de las más preciosas partes de su cuerpo, como la vista y los órganos de la generación, de miedo que el auxilio gratisimo y voluptuoso que esos órganos prestan al hombre debilitaran y ablandaran la firmeza de sus almas.

Mas en el morir, que es el acto magno que todos hemos de cumplir, la experiencia nada puede ayudarnos. Puede el hombre, auxiliado por la costumbre, fortificarse contra los dolores, la deshonra, la indigencia y otros males, pero cuanto á la muerte, sólo una vez nos es dado ver cuáles son sus efectos. Todos somos aprendices cuando su hora nos alcanza. En lo antiguo se vieron algunos hombres para quienes el tiempo fué cosa tan preciosa, que procuraron medir y aquilatar en su persona los efectos de la muerte misma, y que fortificaron su espíritu para ver en qué consistía tan terrible momento, pero no volvieron luego á la tierra á darnos cuentas de sus experiencias:

*Nemo expergitus exstat,  
Frigida quem semel est vitæ pausa sequuta* <sup>1</sup>.

Habiendo sido condenado á la última pena Canio Julio, patricio romano de virtud y firmeza de alma singulares, por el malvado Calígula, dió maravillosas pruebas de su entereza en tan duro trance, y al llegar el momento de la ejecución, un filósofo, amigo suyo, preguntóle: «¿Qué tal, Canio? ¿Cuál es en estos instantes el estado de tu alma? ¿En qué se ocupa? ¿Qué pensamientos la llenan?— Pensaba yo, respondió Canio, conservar la serenidad con todas mis fuerzas, con objeto de ver si en este momento de la muerte, que es tan corto y fugitivo, podía advertir cómo el alma me abandonaba, y si mi espíritu echaba de ver

1. Jamás llega la hora del despertar cuando se sintió el frío reposo de la muerte. LUCRECIO, III, 942.

cómo se alejaba de la materia, para luego, de poder hacerlo, volver al mundo á contárselo á mis amigos.» Canio fué filósofo, no sólo hasta la hora de la muerte, sino también en la muerte misma. ¡Qué seguridad tan grande y qué altivez de valor las de querer que su fin le sirviera de enseñanza y el poder disponer de sus facultades en el instante mismo de abandonar la vida!

Jus hoc animi morientis habebat <sup>1</sup>.

Creo, sin embargo, que nos es factible disponer de algún medio de acostumbrarnos á ella y de conocer aproximadamente cuáles son sus efectos. Podemos alcanzar alguna experiencia, si no cabal y perfecta, al menos que nos sea de algún provecho y que nos fortifique y mantenga dueños de nuestras fuerzas; podemos unirnos á ella, podemos acercarnos y podemos reconocerla; y si no nos es dable llegar hasta su fuerte, al menos nos es hacedero transitar por sus avenidas. No sin razón se considera el sueño como semejante á la muerte, por la analogía que con ella guarda: ¡cuán fácilmente pasamos de la vigilia al sueño, y cuán indiferente nos es el perder la noción de la luz y de nosotros mismos! En cierto modo podría considerarse el dormir como inútil y contra naturaleza, puesto que nos priva de toda acción, así como también del ejercicio de nuestras facultades, si no fuera que por él la naturaleza nos enseña que lo mismo fuimos creados para la muerte que para la vida, y desde el nacer nos muestra el eterno estado que nos aguarda después de la existencia para que así nos habituemos, y alejemos de nosotros el temor que la idea del acabar nos ocasiona. Los que por algún accidente violento cayeron en estado de postración física y moral que les hizo perder el uso de sus facultades, están en estado de considerar cómo la muerte va ganando nuestras fuerzas; al instante mismo del sucumbir no acompañan ninguna fatiga ni dolor, porque no podemos tener sensaciones si nos falta el tiempo para experimentarlas; nuestros sufrimientos han menester de tiempo, y como éste es tan corto y tan veloz en la hora de la muerte, necesario es que ésta nos sea insensible. La proximidad es lo que hemos de temer, y ésa puede ser objeto de nuestra experiencia.

Hay muchas cosas á que nuestra imaginación da proporciones mayores de la que tienen en realidad: yo he pasado una buena parte de mi vida disfrutando de salud cabal y perfecta, y en este particular mi existencia se deslizó alegre y bulliciosa. Ese estado, lleno de verdor y contento, hacía que considerase con horror tal la perspectiva de las enfermedades que, cuando vine á caer en ellas, encon-

1. Tanto imperio ejercía sobre su alma hasta en la hora de la muerte. LUCANO, VIII, 636.

tré sus mordeduras blandas en comparación del temor que ponían en mi ánimo. Al presente, cuando me encuentro á cubierto y abrigado en una habitación cómoda, mientras por fuera reinan la tempestad y la tormenta, profeso compasión y me affijo por los que se encuentran en campo raso; y si soy yo quien aguanta los accidentes de la naturaleza, tampoco echo de menos el abrigo. La sola idea de permanecer constantemente encerrado en un cuarto me parecía insoportable, mas bien pronto me vi en la precisión de mantenerme recogido días y semanas, enfermo y débil, y cuando recobré la salud compadecía á los enfermos mucho más de lo que me quejo cuando yo lo estoy. Una muy grande aprensión exageraba para mí en más de la mitad la esencia y realidad de los trabajos y los males. Tengo esperanza de que me ocurrirá otro tanto con la muerte, y que ésta no vale la pena que me tomo en echar mano de tantos aprestos ni de tantas seguridades como busco y reúno para mantenerme fuerte cuando llegue mi hora. Mas cuando son grandes las aventuras que nos esperan, nunca podemos prepararnos suficientemente.

Durante nuestras terceras guerras de religión, ó segundas (no recuerdo á punto fijo), habiendo salido á pasear por un lugar que dista una legua de mi casa, la cual está emplazada en el punto central que sirve de teatro á nuestras trastornos civiles, creyéndome en seguridad completa y tan próximo á mi retiro, que no tenía necesidad de mayores aprestos, cogí un caballo ágil, pero poco fuerte. A mi regreso, presentóseme ocasión de ayudarme del animal para un servicio que no era el que más le acomodaba; un individuo de entre mis gentes, recio y de gran estatura, que montaba un caballo fuerte, por hacer alarde de llevarnos á todos la delantera, soltó su cabalgadura á toda brida en la dirección del camino que yo llevaba, y cayó como un coloso sobre el hombrecillo y su caballito, á quienes derribó con toda la fuerza de su velocidad y pesantez, lanzándonos á uno y á otro los pies al aire, de tal suerte que el caballo cayó por tierra completamente atolondrado, y yo fui á dar diez ó doce pasos más allá, tendido boca abajo, con el rostro destrozado y deshollado; mi espada, que montado tenía en la mano, estaba también diez pasos más allá, un cinturón hecho añicos, y yo no tenía más movimiento ni sensaciones que un cepo. Era el primer caso que hasta ahora haya experimentado. Los que me acompañaban, después de haber intentado por cuantos medios les fué dable hacerme volver en mí, dándome ya por muerto, me cogieron entre sus brazos y me llevaron con gran dificultad á mi casa, que distaba del lugar cosa de media legua francesa. En el camino, después de haberme considerado como muerto durante más de dos horas, comencé á moverme y á respirar. Tal cantidad de sangre había caído en mi pe-

cho, que para descargarlo, la naturaleza tuvo que resucitar sus fuerzas. Entonces me pusieron de pie, y arrojé tanta cantidad de borbotones de sangre, que casi llenaron un cubo; en el resto del camino también la expeli abundante. Así comencé á volver á la vida, pero tan poquito á poco que hube menester de bastante tiempo, de tal suerte que mis primeras sensaciones estaban mucho más próximas de la muerte que de la existencia:

Perché, dubbiosa ancor del suo ritorno,  
Non s' assicura attonita la mente <sup>1</sup>.

El recuerdo de este suceso, cuya huella tengo fuertemente grabada en mi alma, me representa la apariencia é idea de la muerte tan cerca del natural que me concilia en algún modo con ella. Cuando empecé á divisar la luz, fué de un modo tan incierto, mis ojos estaban tan débiles y tan muertos que nada podían discernir aparte de una vaga claridad:

Come quei ch' or apre, or chiude  
Gli occhi, mezzo tra 'l sonno e l' esser desto <sup>2</sup>.

Las funciones del alma iban renaciendo en el mismo grado que las del cuerpo. Me vi todo ensangrentado; mi corpiño estaba manchado por todas partes con la sangre que había arrojado. La primera idea que me vino al pensamiento fué la de que había recibido un disparo de arcabuz en la cabeza, pues en el momento de ocurrirme el accidente sonaban muchos en derredor nuestro. Me parecía que mi vida estaba sólo pendiente del borde de mis labios; cerraba mis ojos para ayudar, creyendo así echarla hacia fuera, y encontraba cierta dulzura en languidecer y dejar el campo libre á las sensaciones que me dominaban, las cuales nadaban en la superficie de mi alma, tan débil como el resto de mi persona, y que no sólo estaban exentas de dolor, sino que á ellas se mezclaba cierta dulzura como la que sentimos cuando empieza á dominarnos el sueño.

Creo que ése es el estado en que se encuentran las personas que vemos desfallecer de debilidad en la agonía, y creo también que sin razón las compadecemos, considerando que se encuentran agitadas por dolores crueles ó que tienen el alma oprimida por una tensión penosa. Fué siempre mi opinión, contra la corriente general, incluso el parecer de Esteban de La Boétie, que los moribundos que se encuentran así abatidos y adormecidos, cuando su fin está ya próximo ó se encuentran acabados por la duración del mal, por algún accidente apoplético ó epiléptico,

1. Porque abatida el alma é incierta de recobrar sus fuerzas, no puede fortalecerse. TORC. TASSO, *Jerusalemme liberata*, canto XII, estancia 74.

2. Como un hombre que, mitad dormido y mitad despierto, ya abre los ojos, ya los cierra. TORC. TASSO, *Gerus. liberata*, canto VIII, estancia 26.

Vi morbi sæpe coactus  
Ante oculos aliquis nostros, ut fulminis ictu,  
Concidit, et spumas agit; ingemit, et fremit artus;  
Desipit, extentat nervos, torquetur, anhelat,  
Inconstanter et in jactando membra fatigat <sup>1</sup>,

o heridos en la cabeza, de quienes oímos el estertor, que exhalan á veces suspiros agudos, aunque en ellos descubramos ciertos síntomas, que juntos con alguna agitación, denuncian un resto de conocimiento, siempre he pensado que tienen así el alma como el cuerpo, adormecidos,

Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ <sup>2</sup>,

y me resisto á creer que en medio de una debilidad tan grande de miembros y sentidos, aquélla pueda conservar alguna fuerza interior con que poder reconocerse. Por todo lo cual, afirmo que los moribundos no son capaces de pensamiento alguno que les atormente ni que les pueda hacer juzgar ni sentir la miseria de su estado, y que por lo mismo no debemos compadecerlos gran cosa.

Ninguna situación imagino más insoportable ni más horrible que la de tener el alma en estado de lucidez y dolorida, sin disponer de medio alguno para declararlo; tal es el caso en que se encuentran aquellos que van al suplicio, y á quienes se arrancó la lengua (bien que este género de muerte muda me parezca la más digna, cuando va acompañada de mirada serena y continente firme); y el de los pobres prisioneros que caen en manos de los soldados de esta época, que no son sino verdugos repugnantes, los cuales martirizan á aquéllos para obligarles á pagar un rescate excesivo é imposible, puestos mientras tanto á buen recaudo en estado y lugar en que no tienen medio ninguno de exteriorizar sus pensamientos y miserable condición. Los poetas imaginaron algunos dioses favorables á la liberación de los que arrastraban así una muerte lánguida:

Hunc ego Diti  
Sacrum jussa fero, teque isto corpore solvo <sup>3</sup>.

Los gemidos y respuestas cortas é incoherentes que se les arranca en ocasiones en fuerza de gritarles y vociferarles en los propios oídos, ó los movimientos que parecen tener alguna relación con lo que se les pregunta, no dan, sin embargo, testimonio de que viven, al menos una vida com-

1. A veces un desdichado acometido de un mal súbito cae redondo á vuestros pies como herido por el rayo; su boca arroja espuma, su pecho gime, sus miembros se estremecen. Fuera de sí, la rigidez le gana, apenas respira; da vueltas y se agita en todos sentidos. LUCRECIO, III, 485.

2. Vive, mas sin saber si goza de la vida. OVIDIO, *Trist*, I, 3, 12.

3. Cumpro, dice Iris, la orden que recibí; arranco esta alma consagrada al dios de los infernos y rompo sus cadenas mortales. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 702.

pleta. Acontécenos de un modo análogo, cuando empieza á ganarnos el sueño, antes de que llegue á dominarnos por completo, que sentimos de un modo vago lo que ocurre en derredor nuestro y advertimos las palabras que se pronuncian por manera borrosa é incierta, que parece no impresionar sino las capas más superficiales de nuestra alma, y á las preguntas que se nos hacen contestamos sólo á tenor de las últimas palabras, emitiendo respuestas atinadas, más bien por azar que por reflexión.

Hoy que experimenté los efectos de la muerte, no tengo ninguna duda de que conozco bien cuáles son: primeramente, como me encontrara privado del uso de mis sentidos, forcejeaba para abrir mi corpiño con las uñas (pues no llevaba armadura), aunque nada sentía que me molestara ni me hiriera, porque efectuamos muchos movimientos instintivos que no son resultado de los actos de la voluntad:

Semianimesque micant digiti, ferrumque retractant <sup>1</sup>:

como por ejemplo, cuando caemos al suelo que extendemos los brazos por un impulso natural, el cual hace que nuestros miembros se auxilien los unos á los otros, y obren independientemente de nuestra actividad cerebral:

Falcíferos memorant currus abscindere membra...  
Ut tremere in terra videatur ab artubus id quod  
Decidit abscissum; quum mens tamen atque hominis vis,  
Mobilitate mali, non quit sentire dolorem <sup>2</sup>.

Tenia mi pecho oprimido por la sangre coagulada; mis manos efectuaban movimientos por sí mismas, como acontece cuando el picor acomete alguna parte de nuestro cuerpo, que van derechas á él sin el dictamen de la voluntad. Vense muchos animales y hasta muchos hombres, que después de muertos mueven y contraen los músculos; por experiencia sabemos todos que algunas partes de nuestro individuo se ponen rígidas, se levantan y bajan por sí mismas. Así que estas pasiones que no nos tocan sino superficialmente no pueden en rigor llamarse nuestras; para que lo fueran precisaria que todo nuestro individuo se hallara dominado por ellas; los dolores que mientras dormimos sienten el pie ó la mano no pertenecen á nuestro individuo.

Como me acercara á mi casa, donde la alarma de mi caída había llegado ya, y mi familia me acogiera con los gritos acostumbrados en tales casos, no sólo contesté algunas palabras á las preguntas que se me hacian, sino que, á

1. Los dedos medio muertos se agitan y recogen de nuevo la espada que les escapa. VIRGILIO, *Eneida*, X, 396.

2. Cuéntase que en lo más recio del combate los carros armados de guadañas cortan los miembros con rapidez tal que se los ve palpitantes por tierra antes que el dolor de un golpe tan repentino haya podido llegar al alma. LUCRECIO, III, 642.

lo que supe después, di también orden de que procurara un caballo á mi mujer, á quien veía en un lugar difícil en transitar, porque el camino era muy desigual y montuoso. Parece natural que este aviso emanara de un espíritu en estado de lucidez, y sin embargo, el mio estaba muy lejos de disfrutarla: eran sólo las mías percepciones vagas y nebulosas sugeridas por los sentidos de la vista y el oído, pero no emanadas de mi alma. No sabía, por consiguiente, ni de dónde venía ni adónde iba, como tampoco podía reflexionar en las palabras que se me dirigian; mis respuestas no tenían otro origen que los efectos que producen los sentidos por hábito y costumbre; lo que el alma ponía era como en sueños, ligeramente tocada y como tenuemente movida por la débil impresión de los mismos sentidos. Sin embargo, mi situación era dulce y apacible, ninguna aflicción experimentaba por los demás ni por mí, era el en que me encontraba un estado de languidez y de debilidad extremas, sin ningún dolor. Vi mi casa sin reconocerla, y cuando me acostaron sentí una dulzura y reposo infinitos; pues había sufrido dolores horribles de manos de las pobres gentes que me condujeron en sus brazos por un camino largo y penoso, y cuatro ó cinco veces se sustituyeron los unos á los otros, lo cual aumentó mi tortura. Presentáronme toda suerte de medicamentos, pero no acepté ninguno, seguro como estaba de tener una herida mortal en la cabeza. En verdad hubiera sido aquella una muerte dichosa, pues la debilidad de mi razón imposibilitábame de juzgar y la del cuerpo de sentir; dejábame llevar tan dulce, blanda y gustosamente, que ni siquiera puedo formarme idea de un acto menos penoso de lo que aquél era. Cuando volví á la vida y recuperé mis fuerzas,

Ut tandem sensus convaluere mei <sup>1</sup>,

que fué dos ó tres horas después, me sentí de pronto acometido por los dolores; tenía el cuerpo molido, y mi estado fué tal, durante las tres noches siguientes, que temí morir nuevamente, pero esta vez de una muerte más viva y dolorosa. Todavía me resiento de la sacudida. No quiero olvidar tampoco que la última cosa que pude tener presente fué el recuerdo de este accidente, de tal modo que me refirieran muchas veces hasta las menores circunstancias: de dónde venía, adónde iba y la hora á que había ocurrido, antes de poder darme cuenta precisa del mismo. La causa de mi caída ocultábanmela en beneficio del que había sido culpable, forjándome mil historias. Mas cuando mi memoria se entreabrió, me representó clara y distintamente el estado en que me había encontrado en el momento en que el caballo vino sobre mí (pues yo lo había visto en

1. Cuando por fin mis sentidos recobraron algún vigor. OVIDIO, *Trist.*, III, 314.

mis talones y me tuve por muerto, idea que fué tan rápida, que no dejó tiempo para que el miedo me ganara); parecíame que fué un relámpago, cuya sacudida me hirió en el alma, y que yo volvía del otro mundo.

La relación de un suceso de tan escasa importancia sería casi insignificante si no tuviera por objeto la lección que me ha procurado; pues en verdad entiendo que para acostumbrarse á la muerte no hay cosa mejor que acercarse á ella; y como dice Plinio, cada cual puede procurarse á sí mismo una excelente disciplina como tenga la voluntad necesaria para estudiarse de cerca. No traigo yo aquí á colación mis doctrinas, sino mi particular experiencia, y no debe censurarseme si la explano: lo que sirve para mi provecho, acaso pueda también servir para el de otros. Por lo demás, ningún perjuicio puede recibir con esta relación la experiencia ajena: expongo sólo la mía, así que, si yo hago el loco, es á mis expensas, sin perjuicio de ningún otro, pues es una locura sin consecuencias que muere en mí. No conocemos más que dos ó tres filósofos antiguos que hayan hollado este camino, y como de ellos sabemos sólo los nombres, tampoco tenemos noticia de si lo hicieron de modo análogo al mío. Después nadie siguió sus huellas. Es una empresa más difícil de lo que parece el seguir una marcha tan insegura como la de nuestro espíritu, penetrar las profundidades opacas de sus repliegues internos, escoger y fijar tantos incidentes menudos y agitaciones distintas, al par que una ocupación nueva y extraordinaria que nos arranca de los quehaceres mundanos, é incontestablemente de los más graves. Hace ya algunos años que no tengo sino á mí mismo por objeto de mis reflexiones, que no examino ni estudio otra cosa que mi propia persona, y si á veces mis pensamientos y miras se dirigen á otro lugar lo hago sólo por aplicarlo sobre mí ó en mí, para provecho personal. Y no creo seguir un camino errado, si como se hace con las otras ciencias, sin ponderación menos útiles, comunico á los demás mis experiencias, aunque me encuentre muy poco satisfecho de mis progresos. Ninguna descripción comparable en dificultad ni en utilidad á la descripción de sí mismo<sup>1</sup>, pues hay necesidad para ello de adornarse, metodizarse y ordenarse para comparecer ante el público; yo me adorno sin cesar, pues sin cesar me describo. La opinión general considera como vicioso el hablar de sí mismo por odio á la vanagloria que parece ir siempre unida á los propios testimonios: en vez de limpiar las narices al muchacho, esto se llama desnarizarle,

1. De todos modos yo pongo mi nombre al frente de esta obra, á fin de mejor obligarme á no abultar en ningún respecto la verdad. La falsa gloria y la modestia simulada son los dos escollos que no pudieron salvar la mayor parte de los que escribieron su propia vida. CARDENAL DE RETZ, *Memorias*, ed. de Amsterdam 1748, pág. 2.

In vitium ducit culpæ fuga<sup>1</sup>.

Encuentro mayor mal que bien en ese remedio. Mas aun cuando fuera cierto que necesariamente signifique presunción el hablar de sí mismo, no debo yo, siguiendo mi designio principal, rechazar la acción que acusa esa viciosa cualidad, puesto que ésta reside en mí, ni debo tampoco ocultar mi falta, en la cual no sólo incurro, sino que hago profesión de ella. Mas si he de expresar mi manera de ver, entiendo que es errónea la costumbre que condena el vino porque muchos se emborrachan; no puede abusarse sino de las cosas que son buenas, y creo que el precepto de no hablar de sí mismo á nadie debe aplicarse más que al vulgo. Son esas bridas para terneros, de las cuales no hubieron menester los santos á quienes oímos relatar menudamente las peripecias de sus almas, ni los filósofos ni los teólogos, ni yo tampoco, aun cuando no sea digno de que se me apliquen esos dictados. Y si no escriben constantemente de sí mismos no tienen inconveniente alguno en hacerlo cuando la ocasión se les ofrece. ¿De qué habla Sócrates más ampliamente que de él, ni adónde encamina la conversación de sus discípulos sino á platicar de sus respectivas personas? Y no de la lección de su libro, sino del ser y movimientos de sus almas. Los católicos abrimos la nuestra á Dios y á nuestro confesor como los protestantes á todo el mundo; pero declaramos sólo, se me repondrá, nuestros pecados. Nosotros lo exteriorizamos todo, pues hasta la misma virtud está sujeta á error y á arrepentimiento. Mi oficio y mi arte se encaminan á la vida; quien me prohíbe hablar conforme á mi sentir, experiencia y costumbres, ordene igualmente al arquitecto hablar de las construcciones, no según sus ideas, sino conforme á las del vecino; según la ciencia ajena, no conforme á la suya. Si no es más que pura vanagloria hacer público su mérito, ¿por qué no encomia Cicerón la elocuencia de Hortensio ni Hortensio la de Cicerón? Acaso quieren los que así opinan que yo testifique mis actos materialmente y no valiéndome de palabras. Yo reflejo principalmente mis pensamientos, materia informe que no puede menos de ser objeto de una labor difícil; gracias si me es dable á duras penas exteriorizarlos valiéndome de la voz, que es un cuerpo aéreo y sin consistencia. Hombres superiores á mí en virtud y en saber vivieron esquivando todo aparato exterior. Cuanto á las acciones de mi vida tienen mayor relación con la fortuna que conmigo mismo, dan testimonio del papel de aquélla y no del mío, á no ser de una manera conjetural é incierta; son muestras de una parte del individuo y no de

1. Con frecuencia el temor de un mal nos conduce á otro peor. HORACIO, *Arte poética*, v. 31.



la totalidad del mismo. Yo me presento á la manera de una pieza anatómica, en la que se ven las venas, los músculos, los tendones, cada órgano en su lugar: la tos producirá un efecto; la palidez ó la palpitación del corazón otros distintos, aunque nunca de un modo afirmativo. No relato mis gestos, sino mi individuo y mi esencia.

Entiendo que es indispensable la prudencia en el juicio de sí mismo, y que se debe ser concienzudo en emitir testimonios, ya sea en elogio ya en vituperio. Si me tuviera por bueno y porsabio, lo proclamaria á voces. Colocarse por bajo de lo que en realidad se es, téngolo por torpeza y no por modestia; empequeñecerse es cobardía y pusilanidad, según Aristóteles; no hay virtud á que acompañe la falsedad, y la verdad jamás sirve de argumento al error. Proclamar de sí mismo más de lo que realmente se es no es siempre presunción, á veces es torpeza: complaciéndose en traspasar la medida de lo que se es, se cae en el indigesto amor de sí mismo, el cual á mi manera de ver constituye el fundamento de ese vicio. El remedio supremo para curarlo es practicar precisamente lo contrario de lo que aquéllos ordenan, los cuales, al prohibir hablar de sí mismo, consiguientemente prohíben el pensar en sí mismo. El orgullo tiene su asiento en la mente; la lengua no puede tener de él sino una parte ligerísima.

Paréceles que en hablar de sí propio se experimenta complacencia; que observar y sondear su alma, es quererla con exceso; mas este exceso nace sólo en aquellos que se observan superficialmente, en los que se estudian después de los negocios, en los que llaman delirio y ociosidad al comunicar las propias sensaciones, y al aplicarse en el perfeccionamiento, edificar castillos en el aire. Si hay alguien que con su ciencia se enorgullezca porque mira bajo su nivel, que convierta sus ojos por cima, hacia los siglos pasados, y se verá obligado á bajar humildemente la cabeza al encontrar tantos y tantos espíritus, á cuyos pies debe postrarse. Si es en valor en lo que alguien se cree grande, recuerde las vidas de Escipión y Epaminondas, las hazañas de tantos ejércitos y de tantos pueblos que de tan largo le aventajan. Ninguna circunstancia particular enorgullecerá á quien tenga siempre fijas en la memoria, además de su debilidad é imperfección, la miseria inherente á la humana naturaleza. Porque Sócrates puso en práctica seriamente el precepto de su dios familiar: «Conócete á tí mismo»; y por ese estudio llegó á menospreciarse, fué considerado como el sólo digno de merecer el dictado de filósofo. Quién se conozca así puede valientemente y con arrojo pregonar su ciencia por su boca.

## CAPÍTULO VII

## DE LAS RECOMPENSAS DEL HONOR

Los que escriben la vida de César Augusto cuentan que este emperador se mostró en materia de disciplina militar tan pródigo en dádivas para aquellos que las merecieron, como avaro en la concesión de recompensas puramente honoríficas. Augusto, sin embargo, había sido agraciado por su tío con todas las recompensas militares antes de que tomara parte en ninguna batalla. Es una invención, ingeniosa, y aceptada de buen grado en todos los países del mundo, la de establecer ciertos distintivos, sin valor material, para honrar y recompensar la virtud, como las coronas de laurel, de encina y de mirto; los uniformes, el privilegio de ir en coche por la ciudad ó de salir por la noche alumbrado con antorchas; el sentarse en lugar preferente en las asambleas públicas; la prerrogativa que dispensan algunos títulos y sobrenombres; ciertos emblemas en los escudos de armas, y otras cosas análogas, cuyo empleo fué diversamente recibido según las costumbres de cada pueblo, y se mantiene todavía en vigor.

Nosotros, como algunas naciones vecinas, contamos con las órdenes de caballería que para aquel fin fueron instituidas. Es una costumbre excelente, al par que provechosa, el encontrar medio de reconocer el valer de los hombres singulares en merecimientos, y contentarlos y satisfacerlos por medio de recompensas que no gravan el erario público, ni tampoco son costosas al príncipe. Es igualmente un hecho constantemente probado por la experiencia antigua, y que también en Francia hemos tenido ocasión de ver demostrado, que las personas de calidad codician mejor aquellas recompensas que las que encierran ganancia y provecho, y creo que para ello no les falta sólido fundamento. Si al premio, que debe ser simplemente honorífico, van unidas otras ventajas, como la riqueza, la promiscuidad, en lugar de aumentar la estima, la rebaja y disminuye. La orden de San Miguel, que durante tanto tiempo gozó de gran crédito entre nosotros, no tenía mayor ventaja que la de ser independiente de toda remuneración material; esto fué causa de que antes no hubiera cargo ni destino cualesquiera que éstos fuesen, á que la nobleza aspirase con mayor ahínco que á esa orden, ni recompensa á que acompañaran respeto ni grandeza mayores, puesto que la virtud aspira y abraza de mejor grado á una recompensa puramente suya; antes busca la gloria que el provecho. Los otros dones no tienen un empleo tan digno, puesto que con ellos se retribuyen toda suerte de servicios: con las